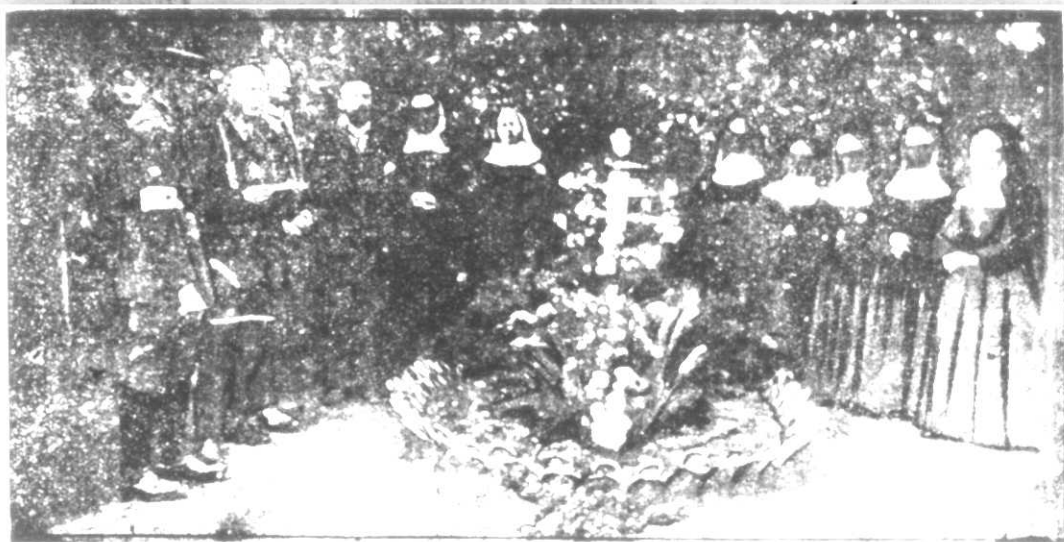




El Sheriff de Dublín visita a la tumba de un oficial superior inglés

poco tiempo prefieren la soja a cualquier otro alimento.

El verde de París

Con el nombre de Verde de París, se conoce entre los agricultores el Aceto-arsénico de cobre, sustancia muy usada como insecticida. Es un polvo muy fino, impalpable, de hermoso color verde, insoluble en el agua y muy soluble en alcalinos o amoniacales.

El verde de París tiene gran consumo en todos los mercados del mundo y ningún hacendado inteligente deja de tenerlo a mano para evitar oportunamente la invasión de plagas que comprometan el éxito de sus cosechas. En las plantaciones de algodón, tabaco y patatas, presta grandes servicios como destructor de larvas comedoras de hojas y su aplicación se simplifica haciendo uso de un frasco de boca ancha, el cual se tapa, después de colocarle una cantidad de verde de París, con una tela fina que deje escapar el polvo

en pequeña cantidad. Un peón, provisto de un frasco arreglado así, puede recorrer la plantación en las primeras horas de la mañana, espolvoreando el veneno sobre los tallos tiernos donde se hallan las larvas. Esta simple operación evita muchos daños.

El verde de París es altamente tóxico y no debe emplearse sobre hortalizas y otras plantas que vayan a ser consumidas inmediatamente después. Cuando se maneja, es necesario lavar cuidadosamente las manos y las vasijas de que se haya hecho uso. No debe confundirse con remedios veterinarios.

El estiércol como abono

El valor del estiércol como abono es conocido de todos los hombres de campo y sin embargo no se hace de él un producto valioso en la hacienda, donde su adquisición es posible. Diseminado en el corral, pierde la mayor parte de su riqueza amoniacal, el viento lo lleva a las

muehas de sus crueldades. El perro era feo como su amo, estaba cubierto de lanas largas, ó más bien de largas y asquerosas cazcarrias. Siempre se le veía flaco y averiado; pero tenía un genio que suplía por el vigor y la agilidad que pudieran faltarle. El infame Tuerto lo azuzaba siempre que se ofrecía ocasión, contra cualquier cosa que tuviera vida. Le había puesto por nombre *Aguante*; y le parecía el colmo de lo ingenioso y de lo chusco gritarle "¡Aguante, Aguante!" siempre que con los dientes tenía agarrado del hocico a algún animal, ó a una persona le estaba atarazando la pantorrilla.

Desde los primeros días de mi suprema desdicha, se declaró entre el inmundado perro y yo una enemistad mortal. El llegó a prendérseme de los labios; pero en otra ocasión logró atizarme una cox magistral que lo dejó baldado por mucho tiempo.

corrientes de agua y al cabo desaparece sin mejorar el terreno. Otras veces se aplica a las tierras de manera inconsulta, sin haber terminado su descomposición o en condiciones de sequedad que lo hacen inútil como abono.

La manera más económica y práctica de utilizar el estiércol como abono orgánico, está indicada en muchas obras de agricultura. Resumiendo lo dicho en ellas, se deduce que es necesario reunir los detritus de las caballerizas y dehesas, bajo cubierta, en hoyos de fondo empedrado, de manera que las lluvias y el sol no tengan acción alguna sobre el estiércol durante su des-

Si el Tuerto creía que Aguante no le obedecía puntualmente alguna de sus inhumanas órdenes, ó si hacía algo que no fuera de su gusto, como ladrar ó aullar cuando él quería dormir, le arrojaba con ira lo que encontraba a la mano, aunque fuera una barra; ó le daba una tanda de patadas, y aún llegó el caso de que lo hiriera disparándole una arma de fuego.

Don Cesáreo no aguanta

El lector se habrá preguntado si cabe en lo verosímil que mi legítimo dueño y señor digiriera con paciencia y mansedumbre los vejámenes que su buen amigo D. Lucio le hizo devorar. D. Cesáreo tenía sobrado amor propio y demasiado afecto a sus cosas para que le fuese dable tragarse el robo y los insultos. Así fue que para ver de que le enderezaran el tuerto que se le había hecho, habló con el Alcalde y con los Jueces a quienes correspondía reprimir las demasías de Garmendia; pero esos funcionarios nada se atrevieron a intentar contra el Tuerto, y cometieron la indiscreción de divulgar la especie de que D. Cesáreo había ido a acusarlo.

Continuará

bestia había caído a tres o cuatro pasos de un taller, y el Tuerto quiso ocultar en él al caballo, a fin de que, si alguna persona pasara por el sendero, no lo viese ni le prestase auxilio. Para que se levantara y anduviera hasta el centro del matorral, acopió pajas y ramas secas hacia la cola del caballo, y les aplicó un fósforo encendido; cuando la bestia cayó donde él quería, labró con su cuchillo una estaca de más de un jeme y se la introdujo al animal en la boca, fijando un extremo abajo de la raíz de los dientes inferiores y otro en paladar. "Así, dijo el Tuerto, se mata al rango sin necesidad de meterle el cuchillo: los chulos y los perros lo despenan de aquí a mañana."

Aguante

Tenía aquel malvado un perro que era a la vez instrumento y víctima de